

La novela comienza con unos versos de uno de los más reconocidos poetas rusos, pero, ¿quién fue Iyevgueni Yevtushenko?

IYEVGUENI YEVTUSHENKO

Nacimiento: 18 de julio de 1932

Siberia, Unión Soviética

Fallecimiento: 1 de abril de 2017 (84 años)

Estados Unidos



Hubo una época en la que en la antigua URSS, la poesía podía competir con el fútbol. En esos tiempos, Yevgueni Yevtushensko junto a otros poetas como Bela Ajmadúlina o Andréi Voznesenski llenaban los estadios para recitar sus poemas frente a miles de personas.

Yevtushensko amaba la lengua española y que sabía recitar muy bien en este idioma.

Fue, además de poeta, diputado, actor, fotógrafo y director de cine.

Es muy conocido también por sus inteligentes citas, resumen de algunas de sus conclusiones vitales.

Cae la nieve pura (versión de Rafael Alberti y María Teresa León)

para A.W. Bouis

Cae la nieve pura como

si resbalara por hilos.

Quisiera vivir, vivir

pero sé que no es posible.

Algunas almas se pierden

sin huella en la lejanía,

suben, suben hacia el cielo
como hace la nieve pura.

La nieve pura se disuelve...
yo también desapareceré...
No me preocupa la muerte,
nadie vive eternamente.

No creo en esos milagros.
No soy ni nieve ni estrella,
yo jamás volveré a ser
jamás, jamás, nunca más.

Y pienso yo, pecador:
¿Qué hiciste con tu existencia?
En su torbellino, ¿qué
amaste más que la vida?

Quise con mi sangre a Rusia
como el tuétano de mis huesos,
quise sus ríos creciendo
y debajo de los hielos.

Quise el humo de sus casas,
el aire de sus pinares,
amé a Chejov, Pushkin
y a sus gloriosos ancianos.

Si tuve mis contratiempos,

fue sin lamentarlos mucho.

Qué importa si viví locamente,
por Rusia fue que viví.

Dolorido de esperanzas
(lleno de oculta inquietud),
creo que tal vez un poco
también yo he ayudado a Rusia.

Aunque a mí Rusia me olvide
cuando el tiempo se devane,
el caso es que Rusia viva
para siempre, eternamente.

Cae la nieve pura, cae
como caía en los tiempos
de Pushkin, de Chejov,
como caerá cuando muera...

Cae la nieve, cae la nieve
con cegadora blancura,
borrando todas las huellas,
las que yo dejo y las otras...

Nadie vive eternamente,
pero tengo una esperanza:
si Rusia vive, es decir
que yo también viviré.

Duérmete, amada mía

Gotas salobres
brillan sobre los hierros de la verja.
La puerta del jardín quedó cerrada.
Y el mar,
en torbellinos encrespados
que golpean los muelles,
ha estrechado en su seno el sol salado.
¡Duérmete, amada mía,
no atormentes mi alma!
Van cayendo en su sueño la estepa y las montañas,
y nuestro perro cojo
dormita arrebujado en la maraña
de su pelo y lame su cadena salada.
Y las ramas murmuran
y las olas trepidan
y apagando la antorcha de su vieja experiencia,
el perro se ha dormido atado a su cadena.
Susurrando palabras, apenas cuchicheando,
después con mi silencio, te pido que te duermas.
¡Amada mía, duerme...!
Olvida que reñimos.
Imagina mejor que paseamos
y la tierra está fresca.
Tendidos sobre el heno aún tenemos sueño.
Parte de nuestro sueño,
el aroma de la agria crema
que llega desde allá, de la bodega.

¿Cómo hacer que imagines todo esto,

cómo lograrlo si en nada crees?

Amada mía, duerme...

Deja tu llanto y con sonrisa leve,

sueña que juntas flores

y tratas de encontrar dónde ponerlas

con tu rostro oculto entre ellas.

¿Algo dices durmiendo? Palabras sin sentido.

¡Es porque estás cansada

de moverte y moverte mientras duermes!

Envuélvete en tus sueños como si fuera un manto

en que buscas abrigo.

Cuando se quiere puede hacerse en sueños

todo aquello que a medias

admite la vigilia.

Una culpa secreta que clama en lo profundo

nos atormenta el sueño.

Hay cansancio en tus ojos y hay en ellos

inmensa multitud de gente extraña.

Cúbrelos con tus párpados

y sentirás alivio.

Duérmete, amada mía.

¿Qué te causa este insomnio? ¿El mar rugiente?

¿El ruego de los árboles al viento?

¿Algún presentimiento?

¿El mal que alguien te ha hecho?

¿Y si ese alguien fuese yo?

Duérmete, amada mía...

Yo nada puedo remediar,

pero sabrás un día
que no he sido culpable de este mal.
Perdóname, ¿me escuchas? ¡Aunque sea en tus sueños!
¡Aunque sea soñando!
Duérmete, amada mía...
No olvides que viajamos encima de esta tierra
que enloquecida vuela
y amenaza saltar convulsionada
de su imposible ruta
y tenemos que abrazarnos para no caer.
Y si hemos de caer, caeremos juntos.
Duérmete, amada mía...
No alimentes la ofensa
que vengan en silencio
los tiernos sueños a poblar tus ojos.
¡Cuesta tanto dormir sobre esta tierra!
A pesar de todo, amada mía, ¿me oyes?
Duérmete al fin, duerme, amada mía...
Y las ramas murmuran
y trepidan las olas
y apagando la antorcha de su vieja experiencia
el perro se ha dormido atado a su cadena.
Cuchicheando palabras, después medias palabras,
después con mi silencio, te pido que te duermas.

El último intento

A Masha

El último intento de ser feliz
ciñéndome a todas tus curvas, todas tus sinuosidades,
a la blancura trémula y balbuceante
y a las bayas con el opio del saúco.

El último intento de ser feliz
como si mi fantasma, al filo del abismo,
quisiera saltar huyendo de todas las ofensas,
allá donde hace mucho estaba yo arruinado.

Allí sobre mis huesos rotos
se posa una libélula,
y las hormigas visitan tranquilamente
las cuencas de lo que ayer fueron mis ojos.

Ya me hice alma. Ya no estoy en mi cuerpo.
Escapé a mi prisión de huesos
pero me hastían los fantasmas
y otra vez me llaman los abismos.

Un fantasma enamorado ahuyenta más que un cadáver.
Pero tú no te asustaste sino que comprendiste
y juntos nos hemos arrojado como a un abismo
y el abismo desplegó unas blancas alas

que nos levantó sobre la niebla.

Y estamos tendidos juntos, no en la cama

sino en la niebla que apenas nos sostiene.

Soy un fantasma. Ya no se quiebra mi cuerpo

pero tú estás viva y temo por ti.

Otra vez revolotea el cuervo fúnebre

en espera de carne fresca, como en el campo de batalla.

El último intento de ser feliz.

El último intento de amar.